

Capítulo 12

¿CUÁN PRONTO PODREMOS REUNIRNOS?

Isaías 59-61

¿Alguna vez un obstáculo se ha interpuesto en tu relación con otra persona? Dios también tiene ese problema.

He aquí que no se ha acortado la mano de Jehová para salvar, ni se ha agravado su oído para oír; pero vuestras iniquidades han hecho división entre vosotros y vuestro Dios, y vuestros pecados han hecho ocultar de vosotros su rostro para no oír (Isaías 59:1, 2).

Los que albergan sus pecados no deben esperar que el Señor responda a sus oraciones (Salmo 66:18).

LA SEPARACIÓN CAUSADA POR EL PECADO TIENE UN REMEDIO

Dios solamente puede ayudarnos si renunciamos a los pecados que nos separan de él (comparar con Jueces 10:9-16). Es posible que no tengamos la fuerza para renunciar a

ellos por nosotros mismos, pero debemos estar dispuestos a renunciar a ellos y cooperar con Dios mientras él los elimina por nosotros o nos ayuda a eliminarlos, porque no podemos llevarlos a su Reino imperecedero de vida eterna y perfecta armonía.

El Señor salva a “su pueblo de sus pecados” (Mateo 1:21), no en sus pecados. Si bendijera a quienes ignoran sus principios vivificantes, estaría enviando un mensaje falso y peligroso al mundo de que sus principios no importan. También alentaría y fortalecería los comportamientos nocivos, incluidas las acciones opresivas, y prolongaría el sufrimiento causado por el pecado.

¿Deseas que la Nueva Jerusalén de Dios y la Tierra Nueva (Apocalipsis 21, 22) sean vecindarios seguros? ¿Serían seguras si Dios salvara a quienes nunca dejan de lado su egoísmo? ¿Estarían a salvo si tú vivieras allí?

La noción de que Dios salvará a todos los que son “buenos”, quitándoles milagrosamente los pecados acariciados para hacerlos perfectos, es un evangelio caprichoso, antibíblico y falso, que creen millones de personas. No es suficiente ser bueno”. Dios no violenta el libre albedrío humano al quitar los pecados de la gente en contra de su voluntad. Si han elegido entregarse completamente a Cristo y cometen un error, él los perdonará misericordiosamente cuando confiesen (Miqueas 7:18; 1 Juan 1:9; 2:1, 2). Sin embargo, no hay ninguna evidencia en la Biblia de que el Señor imponga sobre las personas un carácter que estas no hayan elegido.

Nuestro carácter es una obra en proceso (a veces, un proceso accidentado) durante toda nuestra vida, pero Dios sabe en qué hemos decidido convertirnos al aceptar el poder transformador de su Espíritu Santo (Juan 3:5-8; Romanos 5:5; 8:4-17; Tito 3:4-7), y respeta nuestra decisión. El Juicio de Dios antes de la segunda venida de Cristo (Daniel 7:9, 10; Apocalipsis 14:7) no cambia nuestro carácter; reconoce lo que es (comparar

con Apocalipsis 22:11). Recibir un cuerpo perfecto e inmortal en la segunda venida de Cristo (1 Corintios 15:51-55) no cambiará el carácter que hayamos elegido. Más bien, esto facilitará el perfeccionamiento de ese carácter, al eliminar la debilidad moral que ahora habita en nuestro cuerpo defectuoso y mortal (comparar con Santiago 1:14,15).

Por lo tanto, las decisiones que tomamos son importantes: no solo las grandes decisiones, sino también todas las pequeñas que nos confrontan cada día. Juntas, desarrollan la textura moral de nuestra vida, que conforma nuestro carácter.

¿Qué quiere Dios que elijamos? En concordancia con Isaías, Miqueas (un contemporáneo suyo) resumió: “Oh hombre, él te ha declarado lo que es bueno, y qué pide Jehová de ti: solamente hacer justicia, y amar misericordia, y humillarte ante tu Dios” (Miqueas 6:8).

Justicia, bondad o misericordia y humildad son los tres aspectos del amor abnegado que Jesús demostró cuando se humilló a sí mismo para venir a vivir, servir, enseñar y morir entre nosotros. Dios quiere ni más ni menos que escojamos la vida, y que demostremos nuestro compromiso con esa decisión con nuestro estilo de vida, decidiendo libremente vivir en armonía con su carácter de amor abnegado. No hay otra alternativa que evite que el pecado vuelva a surgir por segunda vez (comparar con Nahúm 1:9).

RESTAURACIÓN DE LA GLORIOSA PRESENCIA DE DIOS

Los pecados que separan a la gente de Dios causan tinieblas y oscuridad (Isaías 59:9), pero su redención trae luz: “Levántate, resplandece; porque ha venido tu luz, y la gloria de Jehová ha nacido sobre ti” (Isaías 60:1).

Sabemos que las palabras de Isaías 60:1 se dirigen a Sion, siguiendo el discurso del versículo 14, donde se refiere a “ti” como la “Ciudad de Jehová, Sion del Santo de Israel”. Isaías 60 aborda la restauración de la gloria de Jerusalén, reflejando la gloria de Dios. Aunque “tinieblas cubrirán la tierra”, “sobre ti amanecerá Jehová, y sobre ti será vista su gloria” (vers. 2), atrayendo a otras naciones a su luz (vers. 3). Esto daría lugar a que los no israelitas, incluidos los de Sabá, trajeran riquezas a Jerusalén y alabaran al Señor (vers. 5-9; ver también los vers. 13,17), como en los gloriosos días del rey Salomón, cuando la reina de Sabá lo visitó (1 Reyes 10). Entre esta riqueza habría muchos animales que el Señor aceptaría como sacrificios en su altar de su espléndido Templo, al que glorificaría (Isaías 60:7). El hecho de que los aceptara indica que se ofrecerían con una devoción sincera e incondicional, no con la hipocresía anterior que había causado que Dios rechazara la adoración practicada por su pueblo (1:11-15).

En lugar de tratar de conquistar Jerusalén, los extranjeros construirían sus muros, y sus reyes servirían a sus necesidades (Isaías 60:10). Sus puertas siempre estarían abiertas para recibir riquezas y reyes de las naciones (vers. 11); no tendrían que estar cerrados para defenderse de posibles amenazas.

El aspecto de la gloria de Dios que atrae a gente de otras naciones es más que una luz literal. Otros pasajes del Antiguo Testamento predicen que los extranjeros se sentirían atraídos por los israelitas debido a la sabiduría de las leyes que Dios les había dado (Deuteronomio 4:6-8) y al Templo del Señor en Jerusalén, básicamente por la misma razón (Isaías 2:3; paralelo a Miqueas 4:2). Isaías hace un llamado a su propio pueblo de Judá a andar “a la luz de Jehová” (Isaías 2:5), y a vivir de acuerdo con las sabias y justas enseñanzas de Dios. El salmista, por su parte, señala que la luz del Señor es su instrucción para una vida exitosa y pacífica: “Lámpara es a mis pies tu palabra, y lumbrera mi camino” (Salmo 119:105).

La mayoría de la gente moderna, incluyendo a muchos cristianos, ignoran el valor práctico de las sabias instrucciones de Dios en la Biblia. Si bien muchas de sus directivas nos llegan en el contexto de una antigua cultura del Cercano Oriente, y muchas de ellas son obsoletas en el sentido de que no podemos y no necesitamos observarlas literalmente (por ejemplo, las prácticas rituales relacionadas con el Santuario), todas ellas representan o encapsulan principios continuos que pueden guiarnos hacia el éxito y hacernos ‘sabio[s] para la salvación’, y “enteramente preparado[s] para toda buena obra” en diversos ámbitos de la vida (2 Timoteo 3:15, 17). Otros se sentirán atraídos por la gloria del amor y la sabiduría de Dios que brilla a través de nosotros. “Levántate, resplandece: porque ha venido tu luz, y la gloria de Jehová ha nacido sobre ti” (Isaías 60:1). “Así alumbre vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras, y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos” (Mateo 5:16).

La prominencia y la riqueza de Jerusalén no serían restauradas para su propio orgullo o elitismo, sino para revelar a Dios: “Conocerás que yo Jehová soy el Salvador tuyo y Redentor tuyo, el Fuerte de Jacob” (Isaías 60:16; comparar con 59:20). El pueblo escogido de Dios lo había perdido de vista, pero lo que él logró por ellos a pesar de sí mismos (comparar con 59:16-21) demostró quién era realmente.

Pasemos brevemente a la historia de Manasés para ver un ejemplo del verdadero carácter de Dios. Analicemos la respuesta de Manasés, el rey más abominable y malvado de Judá (2 Crónicas 33), quien se arrepintió y oró al Señor cuando los crueles asirios lo capturaron. Cuando Dios lo restauró a Jerusalén y a su trono, “entonces comprendió Manasés que el Señor es Dios” (vers. 13, DHH).

¿Qué significa comprender que el Señor es Dios y que es el Salvador y Redentor? Manasés debió de haber tenido al menos conocimiento intelectual acerca de Dios, porque

era el hijo de Ezequías, quien fue fiel al Señor (2 Crónicas 29-32). Pero él no conocía personalmente a Dios ni creía en su poder y su carácter, porque fue engañado por el pecado y no permitió que Dios desempeñara ningún papel en su vida. Recién cuando experimentó la liberación divina de circunstancias aterradoras, completamente fuera de su control (2 Crónicas 33:11), el engaño del pecado con respecto a Dios le fue arrebatado.

Lo mismo le sucedió al pueblo de Judá, que era cómplice de la culpa de Manasés, al no prestar atención a los mensajes del Señor (2 Crónicas 33:9,10). Tenían sopor mental y espiritual, y una terquedad de proporciones épicas, por lo que necesitaron el exilio para despertarse.

Lamentablemente, la gente moderna no es muy diferente. ¿Es necesario que pasemos por experiencias desagradables? ¿No podemos aprender de lo que les sucedió a otros como Manasés y el pueblo de Judá? Quienes creen en la Biblia pueden aprender en forma fácil y económica (lo que cuesta una Biblia y algo de tiempo) que el Señor es Dios. Si no comprendemos de esa manera, la divina providencia puede trabajar con experiencias en nuestra vida para enseñarnos, pero el “arancel académico” puede ser costoso.

Después del exilio, los judíos, un nombre posterior para el pueblo de Judá, regresaron a su tierra natal y reconstruyeron Jerusalén y el Templo del Señor (ver especialmente Esdras y Nehemías). El segundo Templo se volvió glorioso, y gente de otras naciones acudía a él, incluyendo los conversos al judaísmo (por ejemplo Juan 12:20; Hechos 2:5-11). Por ende, las profecías de restauración se cumplieron en gran parte.

Sin embargo, la profecía de que la gloria del Señor en Jerusalén atraería a las naciones va más allá de lo que se cumplió en el segundo período del Templo. Los elementos no cumplidos de Isaías 60 incluyen a extranjeros que “traigan las riquezas de las naciones, con sus reyes llevados en

procesión” (vers. 11, NBLA) y lo siguiente: El sol nunca más te servirá de luz para el día, ni el resplandor de la luna te alumbrará, sino que Jehová te será por luz perpetua, y el Dios tuyo por tu gloria” (vers. 19; ver también el vers. 20).

Si estas palabras se hubieran aplicado a Jerusalén durante el tiempo del segundo Templo, habría sido una forma hiperbólica y metafórica de enfatizar que la luz de la gloria continua de Dios eclipsaría la gloria de cualquier otra cosa. Sin embargo, encontramos el cumplimiento final de Isaías 60 en la descripción de la Nueva Jerusalén, en Apocalipsis 21: “La ciudad no tiene necesidad de sol ni de luna que brillen en ella: porque la gloria de Dios la ilumina, y el Cordero es su lumbrera. Y las naciones que hubieren sido salvas andarán a la luz de ella; y los reyes de la tierra traerán su gloria y honor a ella. Sus puertas nunca serán cerradas de día, pues allí no habrá noche. Y llevarán la gloria y la honra de las naciones a ella” (vers. 23-26).

EL MINISTERIO MESIÁNICO DE RESTAURACIÓN

Isaías 61 comienza con un hermoso discurso:

El Espíritu de Jehová el Señor está sobre mí,
porque me ungió Jehová; me ha enviado a
predicar buenas nuevas a los abatidos, a ven-
dar a los quebrantados de corazón, a publicar
libertad a los cautivos, y a los presos apertura
de la cárcel (vers. 1).

Quien habla aquí no es el Padre ni el pueblo de Sion o Jerusalén, cuyo sufrimiento él alivia (este es el tema del capítulo anterior, Isaías 60). “Posee el espíritu divino, es el portavoz de Dios y es enviado a liberar a los prisioneros de la esclavitud. Las evidencias sugieren que él es el siervo especial de Dios, descrito anteriormente en los cantos del

siervo (ver 42:1-4, 7; 49:2, 9; 50:4; ver también 51:16)".¹ Cabe destacar Isaías 42, donde el Señor pone su Espíritu sobre su Siervo (vers. 1), quien libera cautivos (vers. 7), e Isaías 49, donde el Siervo también libera prisioneros (vers. 9).

Isaías 61 continúa: "A proclamar el año de la buena voluntad de Jehová, y el día de venganza del Dios nuestro; a consolar a todos los enlutados" (vers. 2). Estos elementos del mensaje profético del Siervo se relacionan con el mensaje de restauración del capítulo 60. Por ejemplo, la buena voluntad del Señor es su aceptación (en hebreo *ratson*) de algo que le agrada, como en Isaías 60:7, donde los sacrificios "serán ofrecidos con agrado [*ratson*] sobre mi altar". Esta conexión sugiere que el año de su buena voluntad es el momento en que su relación con su pueblo, representada por los sacrificios aceptables, sería restaurada. Isaías 60:12 también predice un tiempo de venganza de Dios: "Porque la nación o el reino que no te sirviere [Sion] perecerá, y del todo será asolado".

El Siervo especial de Dios de Isaías 61 es su Ministro de restauración, quien brinda tierno consuelo y ánimo (comparar con Isaías 42:2, 3). El hecho de que el Señor haya ungido a este Siervo (61:1) lo convierte en el "Ungido", el Mesías, que es divino (comparar con 9:6). Sus logros serían mayores que los de Ciro, el ungido extranjero de Dios (45:1), quien dejaría en libertad a los judíos exiliados (vers. 13:2; Crónicas 36:23).

Si Ciro iba a liberar a los judíos cautivos para terminar con su exilio en Babilonia, ¿a qué prisioneros liberaría el Siervo mesiánico de Dios? Pareciera que su papel resolvería una situación diferente. Lucas 4:16 al 21 lo confirma. En la sinagoga de Nazaret, Jesús leyó desde el comienzo de Isaías 61 hasta las palabras "a proclamar el año de la buena voluntad de Jehová" (Isaías 61:2). Luego hizo un pronunciamiento

¹ Nota b para Isaías 61:1, Biblia *New English Translation*.

¿Cuán pronto podremos reunimos?

sorprendente: “Hoy se ha cumplido esta Escritura delante de vosotros” (Lucas 4:21). En otras palabras, anunció que era el Siervo mesiánico de Dios, aunque no llegó a leer “y el día de venganza del Dios nuestro” (Isaías 61:2), acontecimiento que todavía estaba en el futuro.

Jesús trajo “buenas nuevas a los abatidos” (Isaías 61:1; comparar con Mateo 11:5), incluyendo a los “pobres en espíritu”, haciéndoles saber que fueron bendecidos al poseer nada menos que “el reino de los cielos” (Mateo 5:3). Jesús vendó a los quebrantados de corazón” y consoló a quienes habían perdido un ser querido (Isaías 61:1, 2), especialmente cuando resucitó a sus parientes muertos (Mateo 9:25; Lucas 7:14, 15; Juan 11:44). También proclamó “libertad a los cautivos” (Isaías 61:1) que estaban esclavizados por el pecado, Satanás y los demonios. Estos eran más fuertes que las cárceles hechas de piedras o ladrillos y barras de hierro (Lucas 8:29).

Jesús proclamó “el año de la buena voluntad de Jehová” (Isaías 61:2), no solo en términos de la aceptación de los sacrificios de animales por parte de Dios, sino también en relación con el sacrificio de sí mismo (53). Este es el único sacrificio que realmente puede restaurar nuestra relación con Dios, para que nuestra separación de él pueda sanarse (Hebreos 10:1-18), y algún día él pueda morar con nosotros (Apocalipsis 21:3). Entonces podremos andar y hablar con él cara a cara, como lo hicieron Adán y Eva al principio. ¿Cuán pronto podremos reunirnos?